cina y muy instructo en la astrología. Muchos dicen que este Herófilo fué maestro de Ptolomeo, y otros dicen que no fué sino su dicípulo; y sea lo que fuere, que él dejó en astrología escritos muchos libros, y doctrinados asaz dicípulos. Este Herófilo tuvo por opinion que el pulso del enfermo no se habia de tomar en el brazo, sino en las sienes, diciendo que allí nunca faltaba, y que en las muñecas algunas veces se escondia. Fué de tanta autoridad este médico Herófilo entre sus rodos, que sustentaron esta opinion de tomar el pulso en las sienes todo el tiempo que él vivió, y aun sus dicípulos; los cuales todos muertos, la opinion se acabó, aunque él no se olvidó. Muerto Herófilo, nunca los rodos se quisieron mas curar, ni en su tierra otro médico admitir; lo uno, por no ofender la autoridad de su filósofo Herófilo, y lo otro, porque naturalmente eran enemigos de gentes extrañas, y aun no amigos de opiniones nuevas. Despues que esto pasó, bien estuvo adormecida la medicina otros ochenta años, así en Asia como en Europa, hasta que remaneció el gran filósofo y médico Asclepides en la isla Mitilena, varon asaz docto en el saber y muy extremado en el curar. Este Asclepides tuvo por opinion que el pulso no se habia de buscar en el brazo, como agora se busca, sino en las sienes ó en las narices; y esta opinion no fué tan apartada de la razon, que muchos tiempos despues dél no se aprovecharan della los médicos de Roma y aun de Asia. En todos estos tiempos no se lee haber nacido ni venido médico ninguno á toda Italia, ni tampoco á Roma; porque los romanos fuéron los postreros de todo el mundo que recibieron relojes, truhanes, barberos y médicos. Cuatrocientos y seis años y cuarenta y seis meses se pasó la gran ciudad de Roma sin que entrase en ella médico ni cirujano; y el primero que se lee haber venido á ella, fué uno que se llamó Antonio Musa, de nacion griego y en oficio médico. La causa de su venida fué una enfermedad ciática que tuvo el emperador Augusto en un muslo, al cual, como Antonio Musa le curase y del todo le librase, en remuneracion de tan gran beneficio hiciéronle los romanos una estatua de pórfido en el campo Marcio; y mas y allende desto, que gozase de ser ciudadano romano. Inmensas riquezas habia allegado y renombre de gran filósofo habia alcanzado Antonio Musa, si con aquello él se quisiera contentar y el arte de su medicina no exceder. Fué pues el caso de su triste hado, que como se diese á curar de cirujía, así como de medicina, y en aquella arte sea algunas veces necesario cortar piés ó dedos, romper carnes podridas ó dar botones de fuego, los romanos, que no estaban avezados á semejantes crueldades ver ni tan enormes dolores sufrir, en un dia y en una hora apedrearon á Antonio Musa y lo arrastraron por toda Roma. Desde que en Roma apedrearon al sin ventura de Antonio Musa, no consintieron haber mas médico ni aun cirujano en toda Italia, hasta el tiempo del malvado Nero, el emperador, el cual, á la vuelta que volvió de Grecia, trajo á Roma muchos médicos y aun muchos vicios. En los tiempos que imperaron Nero, Galba, Oto y Vitelio, floreció en Italia mucho la medicina, y triunfaron mucho los médicos en Roma; mas despues de aquellos príncipes muertos, mandó el buen emperador Tito alanzar de Roma á los oradores y á los médicos. Preguntado el emperador Tito que por qué los desterraba, pues los unos abogaban en los pleitos y los otros curaban los enfermos, respondió: Destierro á los oradores como á destruidores de las costumbres, y tambien á los médicos como á enemigos de la salud. Y dijo mas: Tambien destierro á los médicos, por quitar las ocasiones á los hombres viciosos, pues vemos por experiencia que en las ciudades á do residen muchos médicos, siempre hay abundancia de vicios.

De una carta que escribieron desde Grecia para que se guardasen de los médicos que iban á Roma.

El gran Caton uticense fué muy grande émulo de todos los médicos del mundo, en especial para que no entrasen en el imperio romano; el cual desde Asia escribió una carta á su hijo Marcelo, que estaba en Roma, en esta manera: «En tí y en mí se conoce claro ser mayor el amor que tiene el padre al hijo, que no el hijo al padre, pues tú te olvidas aun de me escribir, y yo no me descuido de te escribir, ni aun de tus necesidades proveer; si no me quieres escribir como á padre, escríbeme como á un amigo, cuanto mas que lo debes á mis canas y aun á mis buenas obras. En lo demas, hijo mio Marcelo, ya sabes como yo he estado aquí en Asia cónsul cinco continuos años, de los cuales el mas tiempo he residido aquí en la ciudad de Aténas, á do toda la Grecia tiene sus notables estudios y sus muy esclarecidos filósofos. Y si quieres saber lo que me parece destos griegos, es que hablan mucho y obran poco; llaman á todos bárbaros, y á sí solos filósofos; y lo peor de todo es, que son amigos de dar á todos consejo, y enemigos de tomarlo. Las injurias sábenlas disimular, mas nunca perdonar. Son muy constantes en el aborrecer, y muy mudables en el amar. Son muy tenaces en el dar, y muy codiciosos de allegar. Finalmente, hijo Marcelo, te digo que de su propio natural son superbos en el mandar, y indómitos en el servir. Hé aquí pues lo que en Grecia leen los filósofos, y lo que aprenden los populares; y si te escribo esto, es para que no tomes trabajo de venir á Grecia, ni te pase por pensamiento de dejar á Italia; pues sabes tú, y lo sé yo, que la gravedad de nuestra madre Roma, ni puede sufrir mocedades, ni aun admite novedades. El dia que los padres de nuestro sacro senado permitieren que entren en Roma las artes y letras de Grecia, desde aquel dia da por perdida á toda nuestra república; porque los romanos précianse de bien vivir, y los griegos no, sino de bien hablar. En los reinos y ciudades á do las academias están bien corregidas, y por otra parte están las repúblicas mal gobernadas, dado caso que las veamos florecer, muy en breve las verémos acabar; porque no hay en el mundo cosa que con verdad se pueda llamar perpetua, sino la que sobre verdad y virtud está fundada. Aunque todas las artes de Grecia sean sospechosas, perniciosas y escandalosas, séte decir, hijo Marcelo, que para la república de nuestra madre Roma es la peor de todas la medicina; porque han jurado todos estos griegos de enviar á matar con médicos, á los que no han podido vencer con armas. Cada dia veo aquí estos filósofos médicos tener entre sí grandes altercaciones acerca del curar las enfermedades y el aplicar unas ó otras medicinas; y lo que mas de espantar es, que haciéndose lo que un médico manda y el otro aconseja, vemos al enfermo padecer y aun á las veces morir: por manera que si altercan entre sí, es, no sobre cómo le curarán, sino con qué medicinas le matarán. Avisarás, hijo Marcelo, á los padres del Senado, que si aportaren por allá seis filósofos médicos que se han partido de acá de Grecia, no les dejen leer medicina ni curar la república; porque es un arte esta de medicina tan peligrosa de ejercitar y tan delicada de saber, que son muchos los que la aprenden y muy poquitos los que la saben.»

De siete notables provechos que hacen los buenos médicos.

Hé aquí, Sr. Doctor, declarado el orígen de vuestra medicina, y de cómo fué hallada, y de cómo fué copilada, y de cómo fué perdida, y de cómo fué desterrada, y de cómo fué recebida, y aun de cómo anduvo la triste peregrinando de república en república. Pedisme por vuestra carta, Sr. Doctor, que os escriba, no solo lo que de la medicina he leido, mas aun lo que della siento; lo cual quiero hacer por haceros placer, y aun porque se vea de cuánta utilidad son los buenos médicos, y cuán dañosos los malos.

De loar es la medicina, pues el Hacedor de todas las cosas la crió para el remedio de sus criaturas, poniendo virtud en las aguas, en las plantas, en las yerbas, en las piedras y aun en las palabras, para que con todas estas cosas los hombres se curasen y con la salud le sirviesen. Mucho se sirve Dios con la paciencia que tienen los enfermos, mas mucho mas se sirve con la paciencia y caridad y hospitalidad en que se ejercitan los sanos. Cosa es religiosa, y aun necesaria, procurar la salud corporal aun para servir á Dios; porque el enfermo, si tiene los deseos buenos, tiene las obras flacas; mas el que está sano y es virtuoso, tiene los deseos buenos y las obras heróicas. De loar es la medicina cuando ella está en manos de un médico que es docto, es grave, es prudente, es atinado y experimentado; porque el tal médico con la ciencia conocerá la enfermedad, con la cordura buscarále medicina, y con la mucha experiencia sabrá aplicarla.

De loar es la medicina, cuando el médico no usa della sino en enfermedades agudas y muy peligrosas, es á saber, en un dolor de costado, en una esquinencia, en una nacida, en una fiebre aguda, ó en una modorra; porque en tan atroces casos y tan peligrosos peligros, todas las cosas por la salud se deben probar, y en todo y por todo el buen médico se debe creer.

De loar es la medicina, cuando es tan cuerdo el médico, que á un pujamiento de sangre cura lavándole; á un dolor de jaqueca, con un sahumerio; á un dolor de estómago, con un saquito; á un escalentamiento de hígado, con una uncion; á un escocimiento de ojos, con agua fria; á una replecion de vientre, con una melecina; y á una calentura simple, con buena dieta.

De loar es la medicina, cuando yo viere que el médico que á mí cura, se aprovecha mas de las medicinas simples que crió naturaleza, que no de las compuestas que inventó Hipocras: de manera que, pudiéndome curar con agua clara, no me hace beber agua de endibia.

De loar es la medicina, cuando es tan cuerdo el médico, que en una simple calentura, no solo espera hasta que pase la quinta terciana, mas aun despues mira la orina si está sanguinolenta, tienta el bazo si está opilado, reconoce el pulmon si está dañado, mira la lengua si está encostrada, y abre los ojos si están cargados: por manera, que nunca para la botica receta hasta que la enfermedad está bien conocida.

De loar es la medicina, cuando el médico que viere al enfermo estar en mucho peligro, y de sospechosa enfermedad herido, huelga que con él llamen á otro, y aun á otros, si quisiere el paciente, con tal condicion que todos juntos se ocupen en estudiar, y no que se paren á parlar y se asan á porfiar.

El médico que con estas condiciones quisiere curar, seguramente le podemos llamar y podemos dél confiar, y aun de nuestras bolsas pagar; porque todo el bien de la medicina consiste en tener habilidad para conocerla y experiencia para aplicarla.

De nueve daños muy perniciosos que hacen los malos médicos.

Quéjome á vos, Sr. Doctor, de muchos médicos torpes, idiotas, atrevidos y inexpertos, los cuales con haber oido un poco de Avicena, ó haber residido en Guadalupe, ó haber sido criados del doctor de la Reina, se van á la universidad de Mérida, ó con un rescrito de Roma se graduan de bachilleres, licenciados y doctores; de los cuales se puede con verdad decir el proverbio que dice: Médicos de Valencia, haldas largas y poca ciencia.

Quéjome á vos, Sr. Doctor, de muchos médicos comunes y inexpertos, los cuales si toman entre manos algunas enfermedades graves, peregrinas y peligrosas, despues que al triste enfermo le han jaropeado, purgado, sangrado y untado, no saben otro remedio que le aplicar, ni otra experiencia que le hacer, sino es mandarle que sobre cena tome culantro preparado, y á las mañanas ordeate serenado.

Quéjome á vos, Sr. Doctor, de muchos médicos mozos y inconsiderados, los cuales contra unas calenturas que son simples, ordinarias, comunes, no furiosas ni peligrosas, tan largamente recetan luego en la botica, como si fuese contra una pestilencia inguinaria: por manera, que le sería ménos daño al triste enfermo sufrir el mal que tiene, que no esperar el remedio que le dan.

Quéjome á vos, Sr. Doctor, de muchos compañeros, y aun dicípulos vuestros, los cuales contra un estómago ahito, ó contra una cólera alterada, ó contra una acedia ordinaria, ó contra una calentura efímera; lo cual todo podrian atajar y remediar con una melecina comun, ó con tres dias de dieta, ó con beber el agua azucarada, ó con tomar un poco de miel rosada; no contentos con esto, mandan al pobre paciente que le echen unas ventosas, le unten el hígado, le pongan unos saquitos, tome zumo de verbena y aun le dén en la nariz una sangría: por manera que, en lugar de le curar, se ponen á le martirizar.

Quéjome á vos, Sr. Doctor, de muchos compañeros vuestros que presumen de doctos, y la verdad no son necios; los cuales nunca nos curan con beneficios simples, ni nos aplican medicinas beneditas, llanas y no furiosas; sino que por darnos á entender que saben lo que otros no saben, receptan cosas tan peregrinas y inusitadas, que al presente son muy difíciles de hallar, y despues muy dificultosas de tomar.

Quéjome á vos, Sr. Doctor, de muchos criados vuestros, bachilleres bozales, en que, teniendo como tienen todas las enfermedades dias críticos, y vayan haciendo de dia en dia sus cursos, no curan ellos de mirar, ni ménos contar el dia que el mal comenzó y la hora que el paroxismo primero le tomó, para ver si la enfermedad va todavía en crecimiento, ó está ya en diminucion; porque aplicar la medicina en una hora ó en otra, no le va mas al enfermo de la vida.

Quéjome á vos, Sr. Doctor, de que generalmente todos los que sois médicos os quereis mal unos á otros, siendo diferentes en las condiciones y contrarios en las opiniones; lo cual parece claro en que unos siguen á Hipocras, otros á Avicena, otros á Galeno, otros á Rasis, otros al Conciliador, otros á Ficino, y aun otros á ninguno, sino á su parecer propio; y lo que en esto mas de lastimar es, que todo este daño no cae sino sobre el triste del enfermo; porque al tiempo que le habiades de curar, os poneis á disputar.

Quéjome á vos, Sr. Doctor, de muchos médicos que son mozos en la edad, nuevos en el oficio, rudos de juicio, y aun no muy asentados en el seso; los cuales cualquiera experiencia que hayan visto, leido ó oido, por mas que sea dificultosa de hacer y peligrosa de tomar, luego mandan que se haga aunque la enfermedad no lo requiera; de lo cual resulta muchas veces, que una experiencia loca cuesta á un enfermo la vida.

Quéjome á vos, y aun de vos, Sr. Doctor, que generalmente todos los médicos recetais lo que nos mandais dar, en latin cerrado, en cifras de gerigonza, en vocablos inusitados, y en unos récipes muy largos; lo cual yo no sé por qué ni para qué lo haceis; porque si es malo lo que mandais, no lo debiades de mandar; y si es bueno, dejádnoslo entender; pues nosotros, y no vosotros, somos los que lo hemos de tomar, y aun al boticario pagar.

Qué es lo que siente el autor, de la medicina.

Hé aquí, Sr. Doctor, tocados delicadamente los provechos que los buenos médicos hacen, y los muchos daños que los malos médicos cometen. Y para deciros, señor, la verdad, tengo para mí creido que, aunque mis quejas son muchas, todavía son vuestros agravios mayores, pues á costa de nuestra vida ganais para vosotros gran fama, y aun mejorais vuestra hacienda. Con el señorío del médico no se puede igualar otro señorío; pues á la hora que entran por nuestras puertas, no solo confiamos dellos las personas, mas aun partimos con ellos las haciendas: de manera que, si el barbero nos saca tres onzas de sangre de la vena de la cabeza, ellos nos sacan diez de la vena del arca. Despues de dar limosna, no hay cosa tan bien empleada como la que se da al médico que acertó á una cura. Y por el contrario, no hay cosa en el mundo tan mal gastada, como la que lleva el médico que erró la cura; el cual merecia, no solo no ser pagado, mas aun ser por ello castigado. Ley fué muy usada, y aun mucho tiempo guardada entre los godos, que el enfermo y el médico hiciesen entre sí su concierto, el uno de le sanar, y el otro de le pagar; y si por caso no le sanaba habiéndose obligado á le sanar, mandaba en tal caso la ley, que el médico perdiese el trabajo de su cura, y aun pagase las medicinas en la botica. Yo os prometo, Sr. Doctor, que si esta ley de los godos se guardase en estos tiempos, que vos y vuestros compañeros os diésedes mas á estudiar, y os atentásedes mejor en lo que habiades de hacer; mas como sois tan bien pagados, que sane el enfermo ó que no sane, si acertáis, atribuis á vosotros la gloria, y si no acertais, echais al pobre enfermo la culpa. Parece esto muy claro en que decis que el enfermo es un gloton, bebe mucha agua, come mucha fruta, duerme entre dia, no toma lo que le mandan, sálese á pasear fuera y no guarda el sudor de la calentura: por manera que al triste enfermo, de que no le pueden curar, acuerdan de le infamar. Mucho me cae á mí en gracia lo que dice vuestro Hipocras, y es, que no vale nada el médico si de su cosecha no es bien fortunado; de lo cual podemos inferir que depende toda nuestra vida, no de las medicinas que nos aplicais, sino de la fortuna buena ó mala que los médicos teneis. Poca confianza debia tener de la medicina el que osó decir esta sentencia; porque si nos arrimamos á esta regla de Hipocras, hemos de huir del médico sabio y mal fortunado, y irnos á curar con el que es simple y dichoso. Año de 18, estando yo malo en Osornillo, que es cabe vuestro lugar de Melgar, viniéndome allí vos á ver, me dijistes que mirase lo que hacia, porque habiades muerto á D. Ladron mi tio, y á D. Beltran mi padre, y á D. Diego mi primo, y á D.ª Ines mi hermana; y que si yo queria entrar en aquella cofradía, ántes os encargariades de me matar, que no de me curar. Aunque vos, señor Doctor, me lo dijistes burlando, ello pasó así de véras; á cuya causa, desde que aquello os oí y aquella regla de Hipocras leí, determiné en mi corazon de nunca mas daros el pulso, ni fiar mi salud de vuestro consejo; porque en mi linaje de Guevara no es bien fortunada la medicina. A muy ilustres médicos he visto hacer muy ilustres curas, y á muy necios médicos he visto hacer muy grandes necedades. Y digo esto, Sr. Doctor, porque en manos del molinero no perdemos sino la harina, en las del albeitar la mula, en las del letrado la hacienda, en las del sastre la ropa, mas en las del médico perdemos la vida. ¡Oh cuánta necesidad ha de tener, y cuánto primero lo ha de mirar, el que ha de tomar por la boca una purga y ha de consentir que en su brazo dén una lancetada! Porque muchas veces acontece que daria el enfermo cuánto tiene por tener la purga fuera, ó por tornar la sangre al brazo. No hay en el mundo hombres mas sanos, que los que son bien regidos y no curan de andarse tras médicos; porque nuestra naturaleza quiere ella ser bien regida y muy poco medicada. El emperador Aureliano murió de sesenta y seis años, en los cuales todos jamas se purgó, ni se sangró, ni medicó; sino que cada año entraba en el baño, cada mes hacia un vómito, cada semana dejaba de comer un dia, y cada dia se paseaba una hora. El emperador Adriano, como en su mocedad fuese voraz en el comer y desordenado en el beber, vino en la vejez á ser muy enfermo de la gota y mal sano de la cabeza; por cuya ocasion andaba siempre cargado de médicos y experimentando muchas medicinas. Si alguno quisiere saber el provecho que las medicinas le hicieron, y los remedios que los médicos le hallaron, podráse conocer en que á la hora que falleció, mandó poner estas palabras en su sepulcro: *Perii turba medicorum.* Como si mas claro dijera: No me habiendo podido matar mis enemigos, vine á morir á manos de médicos. Del emperador Galieno cuentan una cosa digna por cierto de saber, graciosa de oir, y es, que estando aquel príncipe malo y muy malo de una ciática, como un gran médico lo curase y mil experiencias en él hiciese sin le aprovechar cosa, llamóle un dia el Emperador y díjole: Toma, Fabato, dos mil sextercios, y has de saber que si te los doy, no es porque me curastes, sino porque nunca mas me cures. ¡Oh, á cuántos y cuántos médicos podriamos hoy decir lo que dijo el emperador Galieno á su médico Fabato! Los cuales si no se llaman Fabatos, los podriamos llamar con razon bobatos: porque ni conocen el humor de que la enfermedad peca, ni aplican la medicina necesaria. Así Dios á mí salve, señor Doctor, tengo para mí creido que nos seria mas sano consejo pagar de vacío á los médicos simples porque no nos curasen, que no porque nos han curado; pues vemos claramente con nuestros ojos, que mas matan ellos recetando en la botica, que mataron sus pasados peleando en la guerra. Sea pues la conclusion de toda mi letra, que yo aceto, apruebo, alabo y bendigo la medicina; y por otra parte maldigo, repruebo y condeno al médico que no sabe usar della; porque, segun vuestro Plinio dice, hablando de la medicina: *Non rem antiqui damnabant, sed artem.* Como si mas claro Plinio dijese: Los antiguos sabios, y los que de sus repúblicas echaron los médicos, no condenaban la medicina, sino el arte de curar que los hombres inventaron en ella; porque habiendo naturaleza puesto el remedio de las enfermedades en medicinas simples, las han ellos puesto en cosas compuestas: de manera que á las veces es ménos penoso sufrir la enfermedad, que no esperar el remedio. No mas, sino que nuestro Señor sea en vuestra guarda, y á mi dé que le sirva. De Madrid 27 de diciembre 1520.

EPISTOLA LI.

Letra para mosen Puche, valenciano, en la cual se toca largamente cómo el marido con la mujer y la mujer con el marido se han de haber. Es letra para los recien casados.

Mozo Señor y recien casado caballero: Casarse mosen Puche con D.ª Marina Gralla, y D.ª Marina Gralla casarse con mosen Puche, desde acá les doy el parabien del casamiento, y desde acá ruego á Dios se goce el uno del otro por tiempo muy largo. Casarse mosen Puche con mujer de quince años, y casarse D.ª Marina con marido de diez y siete, si yo no me engaño, asaz tiempo les queda para gozar el matrimonio, y aun para llorar el casamiento. Solon Solonino mandó á los atenienses que no se casasen hasta tener edad de veinte años. El buen Licurgo mandó á los lacedemonios que no se casasen hasta los veinte y cinco. El filósofo Prometeo mandó á los egipcios que no se casasen hasta los treinta años; y si por caso algunos se osasen casar, fuesen los padres públicamente castigados, y los hijos tenidos por no legítimos. Si mosen Puche y D.ª Marina Gralla fueran de Egipto, como son de Valencia, no escaparan ellos de ser castigados, y aun sus hijos desheredados. Por los regalos que recebí de vuestra madre, y por el amor que tuve con vuestro padre en el tiempo que fuí inquisidor en Valencia, aun me pesa de veros en tan tierna edad casado y de tan gran carga cargado; porque tan pesada carga como es el matrimonio, ya no teneis licencia para dejarla ni teneis edad para sufrirla. Si vuestro padre os casó de suyo, él usó con vos de gran crueldad; y si vos os casastes sin licencia, cometistes gran liviandad; porque osar poner casa un mancebo de diez y siete años y una moza de otros quince, es temeridad hacerlo y poquedad consentírselo; porque los pobres mozos, ni saben la carga que toman, ni sienten la libertad que pierden. Sepamos qué condiciones ha de tener la mujer y qué condiciones ha de tener el marido, para que sean bien casados; y si se hallaren en mosen Puche y en D.ª Marina Gralla, desde agora confirmo su matrimonio y condeno á mí en no saber lo que digo. Las propiedades de la mujer casada son, que tenga gravedad para salir fuera, cordura para gobernar la casa, paciencia para sufrir al marido, amor para criar los hijos, afabilidad para con los vecinos, diligencia para guardar la hacienda, cumplida en cosas de honra, amiga de buena compañía y muy enemiga de liviandades de moza. Las propiedades del hombre casado son, que sea reposado en el hablar, manso en la conversacion, fiel en lo que se le confiare, prudente en lo que aconsejare, cuidadoso en proveer su casa, diligente en curar su hacienda, sufrido en las importunidades de la mujer, celoso en la crianza de los hijos, recatado en las cosas de honra, y hombre muy cierto con todos los que trata. Pregunto pues agora yo ¿si en los diez y siete años de mosen Puche y en los quince años de D.ª Marina Gralla, si hallarémos todo lo que habemos dicho, ó si les pasa por el pensamiento? En hombres tan tiernos y en casados tan mozos, de sospechar es que tales y tan delicadas cosas, ni sabrán entenderlas aunque se las digan, ni preguntar por ellas aunque les falten. Pues yo les juro y aun profetizo á los diez y siete años de mosen Puche y á los quince años de D.ª Marina Gralla, que si todas estas condiciones no quisieren aprender, y despues de aprendidas guardar, que andando un poco mas el tiempo, ó ellos dén con la carga en el suelo, ó cada uno dellos busque nuevo amor. No tengo por tan grave meterse uno fraile novicio, como ver á un mancebo casado; porque el uno puédese salir, mas el otro no se puede aun arrepentir. Los daños que se siguen de casarse diez y siete años con quince años, mosen Puche y D.ª Marina Gralla los sabrán mejor contar, que yo escrebir; porque yo si algo digo será de sospecha, mas ellos podránlo afirmar como testigos de vista. De casarse los hombres muy mozos se les siguen muy grandes daños, es á saber, se quebrantan en parir, enflaquecen las fuerzas, cargan de hijos, gastan el patrimonio, pídense celos, no saben qué cosa es honra, no atienden á proveer la casa, acábanse los primeros amores y cobran nuevos cuidados: por manera que de haberse casado tan niños vienen á vivir despues descontentos, ó apartarse cuando son viejos. Aconseja el divino Platon á los de su república, que en tal edad casasen sus hijos, que sintiesen lo que eligian y conociesen lo que tomaban. Grave y muy grave es esta sentencia de Platon; porque tomar mujer ó eligir marido, á cualquiera es cosa fácil; mas saber sustentar casa, es muy difícil. Yo no he sido casado, ni aun he tenido tentacion de serlo; mas por lo que he visto en mis deudos, por lo que he leido en los libros, por lo que he sospechado de mis vecinos y por lo que he oido á mis amigos, hallo por mi cuenta, que los que aciertan á casarse bien tienen aquí paraíso, y los que aciertan mal, hicieron de su casa infierno. ¿Qué hombre hasta hoy topó con mujer tan acabada, que no desease en ella alguna cosa? Qué mujer eligió ni le cupo en suerte marido tan acabado, que no hallase en él algun repelo? A los principios que se ven y se tratan los desposorios, por maravilla hay casamiento que desagrade; mas andando un poco el tiempo, no hay cosa que les contente, y lo que mas cierto de todo es, que en acabándose los dineros, luego llaman al aldaba los enojos. ¡Oh triste de tí, marido, que si topas con mujer generosa, hasle de sufrir su locura! Si topas con alguna que es cuerda y mansa, no te la dieron sino en camisa. Si te dan alguna que es muy rica, afréntaste de contar su parentela. Si eliges mujer hermosa, tienes mala ventura en guardalla. Si te cupo en suerte

alguna que es fea, á pocos dias huyes de casa, y aun apartas della cama. Si te precias que tu mujer es sabia y dispuesta, tambien te quejas que es muy regalada y poco casera. Si dices que tu mujer es muy aliñada y casera, es por otra parte tan brava, que no hay moza que la sufra. Si tienes vanagloria de que tu mujer sea honesta y guardada, muchas veces la aborreces porque es de tí tan celosa. ¿Qué mas quieres que te diga, oh pobre casado? Lo que digo allende de lo dicho es, que si á tu mujer encierras en casa, nunca acaba de se quejar; y si sale cuando quiere, da á todos qué decir. Si la riñes mucho, anda rostrituerta; y si no le dices nada, no hay quien con ella pueda. Si gastas por su mano ¡ay de la hacienda! Y si gastas por la tuya, ó te ha de hurtar la bolsa, ó vender algo de casa. Si siempre estás en casa, tiénete por sospechoso; y si vienes algo tarde, dice que eres travieso. Si la vistes bien, quiere salir á ser vista; y si no anda bien vestida, mándote mala cena y peor comida. Si le muestras mucho amor, tiénete en poco; y si en esto le tienes algun descuido, sospecha que en otra parte estás enamorado. Si le niegas lo que te pregunta, nunca cesa de te importunar; y si le descubres algun secreto, no le sabe guardar. Hé aquí pues la ocasion y aun la razon por do, si hay en un pueblo diez que sean bien casados, hay ciento que vivan aborridos y arrepisos, los cuales á la hora apartarian de sus mujeres casa y cama, si lo acabasen con la Iglesia como lo acabarian con su conciencia. Si los matrimonios de los cristianos fuesen como el matrimonio de los gentiles, para que cada uno pudiese, cuando quisiese, hacer divorcio y alzarse á su mano, yo juro que mas priesa hubiese la cuaresma á se descasar, que hay en el carnal á se casar.

Que nadie se case sino con su igual.

Las reglas y consejos que yo quiero dar aquí á los que se han de casar, y aun á los que son ya casados, si no les aprovecharen para vivir mas contentos, á lo ménos aprovecharles han para ahorrar de muchos enojos. Es pues lo primero saludable consejo, es á saber, que la mujer elija tal hombre, y el hombre elija tal mujer, que sean ambos iguales en sangre y en estado, es á saber, el caballero con caballero, mercader con mercader, escudero con escudero y labrador con labrador; porque si en esto hay desconformidad, el que es ménos vivirá descontento, y el que es mas estará desesperado. La mujer del mercader que casa á su hija con caballero, y el rico labrador que consuegra con algun hidalgo, digo y afirmo que ellos metieron en su casa un pregonero de su infamia, una polilla para su hacienda, un atormentador de su fama y un abreviador de su vida. En mal punto casó á su hija ó hijo el que tal yerno ó nuera metió en su casa, que ha vergüenza de tener al suegro por padre y de llamar á la suegra señora. En los tales casamientos no pueden con verdad decir que metieron en sus casas yernos, sino infiernos; no nueras, sino culebras; no quien los sirviese, sino quien los ofendiese; no hijos, sino basiliscos; no quien los honrase, sino quien los infamase: finalmente, digo que el que no casa con su igual á su hija, le fuera ménos mal enterrarla, que no casarla; porque si muriera, lloráranla un dia; y estando mal casada, la lloran cada dia. El mercader rico, el escudero pobre, el labrador cuerdo y el oficial plebeyo, no han menester en sus casas nueras que se sepan afeitar, sino nueras que sepan muy bien hilar; porque el dia que las tales presumieren de estrado y almohada, aquel dia se pierde su casa y se va á lo hondo su hacienda. Torno á decir y afirmar que se guarden los tales de meter en sus casas á yerno que se alabe de muy hidalgo, que presuma de correr un caballo, que no sepa sino pasearse por el pueblo, y que se alabe de muy cortesano, y que sepa mucho de naipes y tablero; porque en tal caso halo de ayunar el pobre suegro para que lo gaste en locuras el yerno loco. Sea pues la conclusion deste consejo, que cada cual case á sus hijos con su igual, y donde no, ántes del año cumplido le lloverá sobre la cabeza al que buscó casamiento de locura. Es tambien saludable consejo, que elija cada uno mujer que sea conforme á su complexion y á su condicion; porque si el padre casa á su hijo, ó el hijo se casa por necesidad y no por su voluntad, no podrá el triste mancebo decir que de verdad le casaron, sino que para siempre le cautivaron. Para que los casamientos sean perpetuos, sean amorosos y sean sabrosos, primero entre él y ella se han de añudar los corazones, que no se tomen las manos. Bien es que el padre aconseje á su hijo que se case con quien él quiere, mas guárdese no le haga fuerza, si él no quiere; porque todo casamiento forzoso engendra desamor en los mozos, contiendas entre los suegros, escándalo entre los vecinos, pleitos con los parientes y pundonores entre los cuñados. No es tampoco mi intencion que nadie se case de súbito y secreto como mozo vano y liviano; porque todo casamiento hecho por amores, las mas veces para en dolores. No vemos otra cosa cada dia, sino que un mancebo, con la poca edad y mucha libertad, como no sabe lo que ama, ni ménos lo que toma, enamórase de una moza y despósase con ella; el cual en el punto que la acabó de gustar, la comenzó á aborrecer. La cosa que entre dos casados mas se ha de procurar, es que se amen mucho y se quieran mucho; porque de otra manera, cada dia andarán rostrituertos y ternán que ponerlos en paz los vecinos. Tambien los quiero avisar que para que el amor sea fijo, sea verdadero y sea seguro, se ha de ir asentando en el corazon muy poco á poco; porque de otra manera, por el camino que el amor vino corriendo, le verán tornarse huyendo. A muchos he visto yo en este mundo amarse muy apriesa, á los cuales vi despues aborrecerse muy despacio. Una de las cosas trabajosas que hay en la vida humana es, que si hay ciento que permanezcan en el amar, hay cien mil que nunca acaban de aborrecer. Es tambien de advertir que el consejo que doy al padre á que no haga casamiento sin voluntad de su hijo, el mismo doy al hijo para que no se case contra voluntad de su padre; porque de otra manera, ya podria ser que le dañase mas la maldicion de su padre, que le aprovechase el dote que le diese el suegro. Los mozos con la mocedad no miran mas de su placer cuando se casan, y conténtanse con solo que su mujer sea hermosa; mas al padre y á la madre, como les va la honra y la hacienda, búscanle mujer que sea cuerda, rica, generosa, honesta y castiza, y lo postrero que miran es, si es hermosa. El casamiento que se hace clandestino y abscondido, digo que procede de gran liviandad y sale de mucha crueldad; porque da á todos los vecinos qué decir y á los viejos de sus padres qué llorar. Acontece muchas veces, que habiéndose desvelado la madre por hilar el ajuar, habiéndose envejecido el padre por allegar el dote, al tiempo que tratan algun honroso casamiento, remanece el mozo loco desposado, de lo cual se sigue despues, que queda la madre lastimada, el padre afrentado, los parientes corridos y los amigos escandalizados. Otra lástima hay mayor en esto, y es, que acertó el hijo á tomar tal esposa, que tiene el padre por mal empleada la hacienda en ella, y tiene muy grande afrenta de meterla en su casa. Hay otro daño en semejante casamiento, y es, que muchas veces piensan los padres de con el dote del hijo remediar tambien una hija; y como el principal intento del mozo fué gozar de la moza, y no que le diesen hacienda, quédase la hermana perdida, el hijo engañado y el padre burlado. Plutarco, en su Política, dice que el hijo que se casaba sin licencia de sus padres, que le azotaban públicamente entre los griegos, y que entre los lacedemones no le azotaban, sino que de toda su herencia le desheredaban. Laercio dice que á los así casados era costumbre entre los tebanos, que no solamente fuesen de todos los bienes desheredados, mas aun públicamente fuesen de sus padres malditos. No tenga nadie en poco ser bendito ó maldito de sus mayores; porque entre los antiguos hebreos sin comparacion tenian los hijos en mas la bendicion de sus padres, que no el mayorazgo de sus abuelos.

Que la mujer sea muy vergonzosa y no muy parlera.

Es tambien saludable consejo, y aun consejo muy necesario, que el hombre que se hubiere de casar y poner casa, elija mujer que sea muy vergonzosa; porque si en la mujer no hubiese de haber mas de una virtud forzosa, esta habia de ser sola la vergüenza. Yo confieso que es mas peligroso para la conciencia, empero digo que es ménos dañoso para la honra, en que sea la mujer secretamente deshonesta, que no que sea públicamente desvergonzada. Muchas y muchas flaquezas se encubren en una mujer con solo ser vergonzosa, y muchas mas sospechas della, cuando no tiene vergüenza en la cara. Diga cada uno lo que quisiere, que yo para mí averiguado tengo, que en una mujer vergonzosa hay poco que reprehender, y en la que es desvergonzada no hay nada que loar. El homenaje que dió naturaleza á la mujer para guardar la reputacion, la castidad, la honra y la hacienda, fué solo la vergüenza; y el dia que en esta no pusiere muy gran guarda, dése la triste por siempre por perdida. Cuando tratare casamiento alguno con alguna, lo primero que ha de preguntar de la esposa es, no si es rica, sino si es vergonzosa; porque la hacienda cada dia se gana, mas la vergüenza nunca en la mujer se cobra. El mejor dote, la mejor heredad y la mejor joya que la mujer ha de llevar consigo, ha de ser la vergüenza; y si el padre viere que su hija ha esta perdido, ménos lástima le sería enterrarla que casarla. Es pues el donaire, que muchas mujeres presumen de decidoras, graciosas y mofadoras; el cual oficio yo no les querria ver aprender, ni ménos usar; porque hablando con verdad, y aun con libertad, lo que en los hombres llamamos gracia, se llama en las mujeres chocarrería. Donaires, fábulas, gazafatones, deshonestidades, no solo la que es honrada mujer ha de haber vergüenza de decirlas, mas aun muy grande empacho de oirlas. La mujer grave y de autoridad no se ha de preciar de ser donosa y decidora, sino de ser honesta y callada; porque si se precia mucho de hablar y mofar, los mismos que se rieron del donaire que dijo, murmuran despues de la misma que lo dijo. Es tan delicada la honra de las mujeres, que muchas cosas que pueden los hombres hacer y decir, no es lícito á las mujeres que las osen aun boquear. Las señoras que quieren tener gravedad, no solo han de callar las cosas ilícitas y deshonestas, mas aun las lícitas, si no son muy necesarias; porque la mujer jamas yerra callando, y muy poquitas veces acierta hablando. ¡Oh triste del marido á quien le cupo en suerte de tener mujer decidora, parlera y picuda; porque la tal, si una vez toma la mano para contar una cosa ó formar una queja, ni admite razon que le dén ni sufre palabra que le digan! La mala vida que las mujeres pasan con sus maridos, no es tanto por lo que hacen de sus personas, cuanto es por lo que dicen de sus lenguas. Si la mujer quisiese callar cuando el marido comienza á reñir, nunca él tendria mala comida, ni ella tendria peor cena; lo cual no es así por cierto, sino que á la hora que el marido comienza á gruñir, comienza ella á gritar; de lo cual se sigue que llegan á las manos, y aun apellidan á los vecinos.

Que la mujer sea recogida y poco ocasionada.

Es tambien saludable consejo, que la mujer se precie de ser honesta y presuma de muy recogida; porque de querer las mujeres ser en sus casas muy absolutas, vienen á andar despues por las plazas disolutas. Debe la mujer honrada estar muy recatada en lo que dice y muy sospechosa de todo lo que hace; porque las tales, de tener en nada los dichos, vienen á caer en los hechos. Por inocente que sea uno, conocerá cuán mas delicada sea la honra de la mujer, que no la del hombre; y que esto sea verdad parece muy claro en que el hombre no puede ser deshonrado sino con la razon; mas para se deshonrar una mujer abasta la ocasion. La que es buena y presume de buena, téngase por dicho que tanto será mas buena, cuanto de sí misma tuviere ménos confianza: digo ménos confianza, para que ni ose oir palabras livianas, ni ose admitir ofertas fingidas. Sea quien fuere, valga cuanto valiere y presuma cuanto quisiere, que la que huelga de oir y se deja servir, que tarde ó temprano ella ha de caer; y si me dijeren que todo aquello hacen por pasatiempo, y para holgar y burlar, á esto les respondo que de semejantes burlas suelen ellas quedar muy burladas. Aviso y torno á avisar á cualquiera señora, generosa ó plebeya que sea, no ose con primo, ni con sobrino, ni con otro cualquier deudo, apartarse ni fiarse; porque si con el extraño apartándose teme lo que puede ser, con el primo ó sobrino tema lo que dél y della se puede decir. No se fie ninguna mujer de bien en decir, que siendo el deudo entre ellos tan estrecho, que es imposible los traiga ninguno sobre ojo; porque si la malicia humana se atreve á juzgar los pensamientos, no es de creer que perdonará á lo que ve con los ojos. Las señoras que oyeren ó leyeren esta mi escritura, quiero que noten esta palabra, y es, que al hombre, por ser hombre, bástale que sea bueno, aunque no lo parezca; mas á la mujer, por ser mujer, no basta que lo sea, sino que lo parezca. Nota, nota, nota que así como la provision de la casa depende de solo el marido, ansí la honra de todos ellos depende de sola la mujer: por manera que no hay mas honra dentro de tu casa, de cuanto es tu mujer honrada. No llamamos aquí honrada á la que solamente es hermosa en la cara y generosa en la sangre, abultada en la persona

y guardadora de su hacienda, sino á la que es muy honesta en el vivir y muy recatada en el hablar. Plutarco cuenta que la mujer de Tucídides el griego, preguntada que cómo podia sufrir el hedor de la boca de su marido, respondió: Como nunca otro que mi marido se me llegó cerca, pensaba yo que á todos los hombres les olia la boca. ¡Oh ejemplo digno de saber y mucho mas de imitar, en el cual nos enseña aquella nobilísima griega, que tan recatada ha de ser la mujer honrada, que no consienta llegársele hombre tan cerca que le pueda la boca oler, ni aun á la ropa tocar!

Que la mujer casada no sea soberbia ni brava.

Es tambien saludable consejo, que la mujer no sea brava, ambiciosa, sino mansa y sufrida; porque dos cosas son las que pierden mucho á una mujer, es á saber, lo mucho que parla y lo poco que sufre; y de aquí es, que si calla, será de todos estimada, y si sufre, será con su marido bien casada. ¡Oh cuánta mala ventura lleva el hombre que con mujer brava se casa; porque no echa de sí tanto fuego el monte Etna, cuanta ponzoña echa ella por su boca! Sin comparacion es mas de temer la braveza de la mujer, que no la ira del hombre; porque el hombre enojado no sabe mas de reñir, mas la mujer brava, reñir y lastimar. Hombre que sea cuerdo, y mujer que presuma de honrada, no se deben tomar con alguna otra mujer cuando está furiosa; porque á la hora que la tal pierde la vergüenza y se le enciende la cólera, no solo dice lo que vió y lo que oyó, mas aun lo que soñó. Es para mí muy grande donaire en que, cuando una mujer está muy encendida y embravecida, no oye á sí, ni entiende á los otros, ni admite excusa, ni sufre palabra, ni toma consejo, ni se allega á razon; y lo peor de todo es, que muchas veces deja á los con quien trabó el enojo, y se toma con el que se atravesó de por medio. Cuando una mujer riñe con otra ó con otro, y viene alguno á ponerlos en paz, no solo no le dará despues las gracias, mas aun formará contra él muchas quejas, diciendo que si él fuera cual ella pensaba, la ayudara á reñir, y aun tomara por ella la mano para la vengar. La mujer que de su natural es brava y furiosa, jamas piensa que se enoja sin ocasion ni riñe sin razon; y por eso es mucho mejor dejarla, que no resistirla. Tórnome á ratificar en mi dicho, y es, que tiene malaventura la casa á do la mujer es rencillosa; porque la tal siempre está aparejada para reñir y nunca para se conocer. La mujer brava es muy peligrosa, porque embravece al marido, escandaliza á los deudos, es malquista de los cuñados, huyen della los vecinos; de lo cual se sigue que algunas veces el marido le mide el cuerpo con los piés, y le peina los cabellos con los dedos. A una mujer furiosa y rencillosa, por una parte es pasatiempo oirla reñir, y por otra parte es espanto de ver lo que se deja decir; porque si se toma con ella una procesion de gentes, ella les dirá una letanía de injurias. Al marido dice que es descuidado; á los mozos, que son perezosos; á las mozas, que son sucias; á los hijos, que son golosos; á las hijas, que son ventaneras; á los amigos, que son ingratos; á los enemigos, que son traidores; á los vecinos, que son maliciosos, y á las vecinas, que son envidiosas; y sobre todo, dice que no hay hombre que trate con otro verdad ni guarde á mujer lealtad. Miento si no vi apartarse de en uno dos honrados casados, no por otra ocasion sino porque el pobre estaba algunas veces triste á la mesa, y otras veces sospiraba en la cama. Decia la mujer que alguna traicion pensaba contra ella su marido á la mesa, y que por amores de alguna hermosa sospiraba en la cama; y sabida la verdad de la cosa, era porque tenia el marido una peligrosa fianza, y no podia reinar en él alegría. Al fin, al fin, por mas que le rogué y prediqué y aun le reñí, nunca los pude tornar á concertar, hasta que juró él en mis manos de no estar mustio á la mesa ni de sospirar mas en la cama. La mujer que quisiere ser pacífica y sufrida, será bienaventurada del marido, bien servida de los criados, bien honrada de los vecinos y muy acatada de sus cuñados; y donde no, téngase por dicho que huirán todos de su casa y santiguarán de su lengua. Cuando la mujer es brava y orgullosa, poco gusto toma el marido en que ella sea generosa en sangre, hermosa en gesto, rica en hacienda y aliñada en su casa; sino maldice el dia que con ella se casó, y blasfema del primero que en ello le habló.

Que los maridos no sean muy rigurosos, mayormente cuando son recien casados.

Es tambien saludable consejo, que el marido no sea bravo y desabrido para con su mujer; porque jamas tendrán paz entre sí los dos, si la mujer no aprende á callar y el marido no sabe sufrir. Osaré decir, y aun casi jurar, que mas es casa de locos que no de casados, á do al marido falta la prudencia, y á la mujer la paciencia; porque tales, ó se han de apartar por tiempo, ó han de andar cada dia al pelo. Las mujeres naturalmente son tiernas de complexion y flacas de condicion; y para eso es el hombre, para que sepa tolerar sus faltas y encubrir sus flaquezas: de manera que las han de llevar una vez mordiendo y ciento lamiendo. Si se tiene compasion al hombre que tiene mujer brava, mas se ha de tener á la mujer que le cupo marido recio; porque hay algunos tan bravos y tan mal sufridos, que á las pobres de sus mujeres ni les basta cordura para servirlos, ni paciencia para sufrirlos. Ora por los hijos, ora por los criados, ora porque no hay en casa dineros, no se pueden excusar entre marido y mujer enojos; y en tal caso osaria yo decir que entónces ha menester su cordura cuando está su mujer airada, es á saber, echárselo todo en burla ó no le responder palabra. Si á todas las cosas de que la mujer tiene pena y forma queja, el hombre cuerdo le ha de responder y satisfacer, téngase por dicho que ha de menester las fuerzas de Sanson y la sabiduría de Salomon. Mira, marido, lo que te digo, y es, que ó tu mujer es cuerda, ó tu mujer es loca: si te cupo mujer loca, poco le aprovecha reprehenderla; y si te cupo mujer cuerda, abasta que le digas una palabra desabrida; porque has de saber, amigo, que si la mujer no se corrige por lo que le dicen, nunca se enmendará por lo que le amenazan. Cuando la mujer estuviere muy encendida en la ira, débenla sufrir, y despues que se le hubiere quitado el enojo, débenla reprehender; porque si comienza á perder al marido la vergüenza, cada hora hundirán á voces la casa. El que presumiere de hombre cuerdo y ser buen marido, mas ha de usar con mujer, de sagacidad, que de rigor y fuerza; pues es de tal condicion la mujer, que al cabo de treinta años que estén casados, hallará en ella cada dia reveses en su condicion y mudanzas en su conversacion. Es tambien de notar en que, si en todo tiempo debe el marido guardarse de trabar con su mujer enojos, mucho mas lo debe evitar cuando fueren recien casados; porque si á los principios la mujer le comienza aborrecer, tarde ó nunca le tornará amar. A los principios de su casamiento debe el sagaz marido halagar, regalar y enamorar á su mujer; porque si entónces se cobran el uno al otro amor, aunque despues vengan á reñir y á gruñir, será con enojo nuevo y no por odio antiguo. Son muy mortales enemigos el amor y el desamor; y el primero dellos que toma el corazon por posada, allí se queda morador toda su vida: de manera que los primeros amores puédense de la persona apartar, mas no del corazon olvidar. Si desde principio que se casan comienza la mujer á tomar el freno de aborrecer á su marido, yo le mando á ella mala vida y á él mala vida, y aun mala vejez; porque si fuere poderoso para hacerse temer, nunca lo será para hacerse amar. Alábanse muchos maridos de ser servidos y temidos en sus casas; á los cuales yo tengo mas mancilla que envidia; porque la mujer que está aburrida, teme y sirve á su marido; mas la que está contenta, ámale y regálale. Mucho debe trabajar la mujer por estar en gracia de su marido, y mucho debe temer el marido en no estar en desgracia de su mujer; porque si ella se determina de poner los ojos en otro, otro la gozará aunque pese al marido. Para tan larga jornada y para tan trabajosa vida como es la del matrimonio, no se ha de contentar el marido con que á su mujer robe la virginidad, sino que tambien le granjee la voluntad; porque no abasta que sean casados, sino que sean muy bien casados y vivan muy mucho contentos. El marido que no es bienquisto de su mujer, tiene en peligro la hacienda, en sospecha su casa, en peligro su honra y aun en condicion su vida; pues se puede buenamente creer que no deseará á su marido larga vida, la que con él la pasa tan mala.

Que los maridos no sean demasiadamente celosos.

Es tambien saludable consejo, se guarden los maridos de ser con sus vecinos maliciosos, y de tener de sus mujeres extremados celos; porque á dos géneros de gentes verán solamente que son celosos, es á saber, los que son muy mal acondicionados, ó los que siendo mozos fuéron muy trabajosos. Tienen por imaginacion los tales, que lo que las mujeres de otros hicieron con ellos, han de hacer sus mujeres con otros; lo cual es gran vanidad pensarlo y no pequeña locura decirlo; porque si hay algunas que son disolutas, tambien hay señoras muy recatadas. Decir que todas las mujeres son buenas, es sobra de afeccion; decir tambien que todas son malas, es falta de razon: abaste decir que entre los hombres hay mucho que reprehender, y entre las mujeres no falta qué loar. No tengo yo por malo, á la que es vana y liviana, no solo que la pongan en razon, mas aun le quiten la ocasion; mas esto se entiende con que no la pongan en tanto estrecho, ni le dén tan mala vida, en que, so color de la guarda, la traigan á desesperar. No podemos negar, sino que hay mujeres de tan mala condicion y de tan inhonesta inclinacion, que ni se corrigen por miedo ni se enmiendan por castigo; sino que parecen haber en este mundo nacido mejor por lástima de sus maridos y para afrentar á sus deudos. Por el contrario hay otras mujeres, muchas y muchas, las cuales de su propio natural son de tan limpia condicion y de tan casta inclinacion, que no parece que nacieron en el mundo sino para espejo de toda la república y para gloria de toda su parentela. Torno otra vez á decir que de cuando en cuando no es malo cerrarle la puerta, apartarla de la ventana, negarle alguna salida, quitarle alguna sospechosa compañía; mas esto ha de hacer el marido con tan grande cautela, que muestre fiar mas de la bondad que ella tiene, que no en la guarda que la pone. Alabo y apruebo que sean los hombres con sus mujeres cautelosos; mas no tengo por seguro que sean demasiadamente celosos; porque son de tal calidad las mujeres, que ninguna cosa tanto procuran como es lo que mucho les vedan. Si el marido tiene de su mujer sospecha, débese aprovechar de cautelas, no amonestándola en las palabras; porque si la mujer una vez se ve lastimada y afrentada, ella buscará modos y maneras para hacer verdadera la sospecha, y esto no por el apetito que tenia de ser viciosa, cuanto por ver á su corazon, del marido vengado. Las fuerzas de Sanson, la ciencia de Homero, la prudencia de Augusto, las cautelas de Pirro, la paciencia de Job, la sagacidad de Aníbal, las vigilias de Hermógenes, no bastan para una mujer gobernar ni á su voluntad la sujetar; porque al fin, al fin, no hay en el mundo tan gran fuerza, que haga á una ser buena por fuerza. Los descuidos y flaquezas que viere el marido en su mujer, no es cordura pregonarlas, ni aun luego castigarlas; sino que dellas debe reñir, dellas corregir, dellas avisar, dellas castigar, dellas atajar y las mas dellas disimular. Por cuerda y sufrida que sea una mujer, solas dos cosas no puede oir ni le abasta paciencia para sufrir, es á saber, que la tengan por mala de su persona y por fea de su cara; sino que, siendo mala, quiere que la tengan por buena, y siendo fea, quiere que la alaben por hermosa. Sea pues la conclusion, que cuando el marido está seguro de todas cosas, es á saber, que su mujer no hace carnicería de su persona, que no anda por las plazas su fama y no mete á sacomano su hacienda, sería yo de parecer que ni la trate como celoso ni la hable como malicioso; porque muy gran obligacion tiene la mujer á ser virtuosa cuando el marido hace della gran confianza.

Que si entre los que son casados pasaren enojos, no han de dar parte dellos á los vecinos.

Es tambien saludable consejo, que de tal manera se hayan el marido y la mujer en diferencias y enojos, que no dén parte dellos á sus vecinos; pues saben que si los quieren mal, tomarán placer, y si los quieren bien, tendrán qué decir. Hay hombres tan mal mirados y mujeres tan mal sufridas, en que, ni ellos saben reñir sino voceando, ni ellas responder sino gritando: por manera que el oficio de sus vecinos es apaciguarlos entre semana y oir sus quejas el dia de fiesta. Quéjase el marido, diciendo que su mujer es brava, y que no hay demonio que con ella pueda. Quéjase tambien, que es celosa y sospechosa, y que no puede con ella hacer vida. Quéjase tambien, que es impaciente y deslenguada, y que á cada paso le deshonra. Quéjase tambien, que su mujer es flaca, fea, enferma, y que gasta cuanto tiene en curarla. Quéjase tambien, que es regalada, perezosa y dormilona, y que no se levanta hasta mediodía. Quéjase tambien, que es sucia, desaliñada y descuidada, y que las cosas de su casa ni las sabe allegar, ni ménos guardar. Quéjase tambien, que su mujer es parentera,